

Enríquez Licón, Dora Elvia, *Pocas flores, muchas espinas. Iglesia católica y sociedad en Sonora (1779 – 1912)*, México, Pearson – Universidad de Sonora, 2012, 335 pp.

Pedro Espinoza Meléndez
pespinoza@colmex.mx

Centro de Estudios Históricos. El Colegio de México

Durante los años 70 la historia regional cobró una relevancia notable para la historiografía mexicana. Si bien tenía por objetivo romper con las generalizaciones que las narrativas de corte nacional y nacionalista habían impreso sobre el pasado mexicano, también contribuyó a la creación de nuevos lugares comunes que, aunque construyeron nuevas explicaciones sobre viejos temas, terminaron por simplificar la complejidad de muchos procesos históricos. Un ejemplo de ello es la atención que los primeros revisionistas prestaron al grupo sonoreense, indiscutible triunfador de la revolución mexicana. Un nuevo lugar comunes fue la tesis que afirmaba que, debido a las condiciones de la frontera sonoreense, esos hombres blancos y norteros tenían una afinidad casi natural hacia los proyectos modernizadores. Además, eran profundamente anticlericales, hostiles hacia las creencias y prácticas no sólo de la iglesia católica en tanto institución, sino también hacia las del “México profundo”, campesino, indígena, comunitario, católico y guadalupano. Dicha tesis explicaba el enfrentamiento entre la iglesia católica y el estado posrevolucionario, cuyo episodio más violento serían la primera y segunda Cristiada. Esta idea se encuentra presente en los primeros trabajos de Jean Meyer (1974), así como en los de autores como Barry Carr (1973), Héctor Aguilar Camín (1977), Stuart Voss (1982) y Francois Xavier Guerra (1988), por mencionar algunos.

¿Eran los sonorenses tan anticlericales? ¿Fue la iglesia católica una institución débil y ausente en la sociedad sonoreense para comienzos del siglo XX? Es el cuestionamiento de este lugar común, teniendo como base una rigurosa investigación empírica, el principal valor del libro *Pocas Flores. Muchas Espinas* (2012) de Dora Elvia Enríquez Licón. Resultado de

una investigación doctoral, así como de años de indagación sobre el devenir de la iglesia católica en Sonora, y fiel a la tradición de historia regional, pues la tesis fue defendida en El Colegio de Michoacán y dirigida por Luis González y González, este libro nos presenta una imagen que contrasta con el lugar común previamente descrito. Su tesis es que, para comienzos del siglo XX, la iglesia católica era una institución consolidada en el estado de Sonora y presente en múltiples ámbitos de la vida social. Paradójicamente, fue durante el Porfiriato, un período de acelerada modernización, cuando la iglesia logró su consolidación, entre otras razones, porque las élites sonorenses decimonónicas, incluso las liberales, coincidían en la importancia que la religión católica tenía para el sostenimiento del orden social. No obstante, las condiciones eclesiásticas previas, en especial la escasez de sacerdotes y templos, habrían moldeado una religiosidad distinta a la de las regiones como el Occidente y el Bajío. No era un catolicismo clerical, sino de uno más bien distante de la ortodoxia institucional.

Los argumentos que sostienen la tesis se encuentran articulados alrededor de seis capítulos, no necesariamente simétricos, pero lo suficientemente sólidos para mostrar una continuidad narrativa entre ellos, aunque pueden ser leídos de manera independiente sin muchos problemas. El primero es un marco teórico-conceptual, que funciona también como una “hoja de ruta” a la que el lector puede volver ante la aparición de conceptos sobre la organización eclesiástica con los que la historiografía no siempre está familiarizada. La perspectiva weberiana para abordar el estudio de la religión y sus formas organizativas nos deja ver su valor como una teoría clásica, pues aún pasados los años, y tras numerosas discusiones en torno a la misma, sigue siendo útil para volver comprensibles aspectos de la vida social que, en la medida que nuestras sociedades se han ido secularizando, pueden resultarnos ajenas. El capítulo 2 traza la historia de la antigua diócesis de Sonora, cuya

creación en 1779 fue resultado del dismantelamiento de las misiones jesuitas durante las reformas borbónicas. Sin seminario, sin cabildo, con pocos recursos y escasos sacerdotes, la nueva mitra difícilmente pudo transitar exitosamente hacia una organización diocesana.

Los capítulos 3, 4 y 5 conforman el cuerpo central del trabajo y sus principales aportaciones. En mi opinión, uno de sus principales logros es que, si bien privilegia la historia institucional para construir su periodización, logra integrar exitosamente elementos sociales y culturales que permiten al lector moverse entre distintos niveles de análisis. El capítulo tercero está dedicado a analizar la organización eclesiástica originada en 1883, cuando por órdenes de la Santa Sede, el territorio de la diócesis fue dividido, coincidiendo con la demarcación política y administrativa del estado de Sonora. La coyuntura respondía a la reorganización orquestada por el papa León XIII, el primero que tuvo plena autoridad sobre la vida interna de la iglesia mexicana, por lo que dicho proceso ha sido llamado por autoras como Marta Eugenia García Ugarte (2010) y Cecilia Adriana Bautista (2011) como romanización. Se trata de un proceso que nos deja ver la interacción entre las directrices de la Santa Sede y su proyecto integrista – intransigente, los obispos Jesús María Rico Santoyo (1883 – 1884), Herculano López de la Mora (1887 – 1892) e Ignacio Valdespino y Díaz (1902 – 1913), pues durante la gestión de estos preladados, la diócesis de Sonora se vio inserta en el proyecto eclesiástico y sociopolítico que intentaba la restauración del orden social cristiano dentro de los nacientes estados laicos.

El capítulo cuarto, “La reconquista espiritual”, nos acerca a la implementación de este proyecto desde la cabecera episcopal hasta su concreción a nivel parroquial, lo cual se dio medio del trabajo del clero diocesano. Aunque no aumentó notablemente en número, la creación de un seminario mejoró su formación y su funcionamiento como cuerpo clerical. Es también donde puede notarse con mayor claridad uno de los elementos centrales en la tesis

de Enríquez: la alianza entre las élites regionales y la iglesia católica, y el paralelismo entre la modernización económica y la institucionalización eclesiástica. En este sentido, la consolidación de la iglesia en estos años se explica, por un lado, porque las élites porfirianas se apegaban a una larga tradición regional donde el catolicismo era, aún para los liberales sonorenses, más un signo de consenso que de conflicto. Por otro lado, porque la modernización económica y la reorganización eclesial le brindaron a la iglesia sonorense los recursos necesarios para su funcionamiento, logrando, luego de un siglo desde la creación de la diócesis, que los feligreses aportaran recursos para el sostenimiento del clero. Finalmente, cabe destacar que este proceso regional ocurrió dentro de la coyuntura nacional de un *modus vivendi* entre la iglesia y régimen porfirista, que sin anular el carácter laico de la constitución de 1857 y de las leyes de Reforma, optó por dejar en suspenso los artículos más anticlericales, permitiendo así una notable reorganización de la iglesia mexicana.

El quinto y más extenso de los capítulos, “El readoctrinamiento”, es la parte más minuciosamente elaborada de la investigación. Ahí se aprecia la interacción entre el proyecto de restauración eclesiástico y la feligresía, articulada por medio de dispositivos como las cartas pastorales y la prensa católica; de prácticas como las visitas pastorales, la catequesis y las misiones populares; de instituciones como las escuelas católicas; de viejas devociones como las de la Virgen de Guadalupe o San Francisco Javier, difundidas desde el tiempo de las misiones jesuitas, coexistiendo con otras más nuevas, como el culto al Sagrado Corazón de Jesús, símbolo de la política católica de restauración. Finalmente, este apartado nos muestra dos caras del catolicismo sonorense. Por un lado, las organizaciones de seglares y el grueso de la participación en dicho proyecto eran femeninos. Esta iglesia, operada en lo cotidiano principalmente por mujeres, podría leerse como la culminación de un proceso que Margaret Chowning llama la feminización de la piedad (2010), originado durante la primera

mitad del siglo XIX. Para comienzos del siglo XX, el catolicismo mexicano era visto por muchos como un asunto de mujeres. Por otro lado, dentro de esta jurisdicción eclesiástica persistía un núcleo considerable de población indígena, especialmente en la región de los ríos Yaqui y Mayo. Este es otro ejemplo destacable del consenso entre la jerarquía católica y las élites sonorenses, pues ambas consideraban que la evangelización y civilización de estos pueblos era necesaria, tanto por razones religiosas como políticas y económicas, pues el catolicismo popular, articulado alrededor de “santos vivientes” como lo fue Teresa de Urrea, solía estar vinculado con las rebeliones armadas. Así, los intentos de la diócesis para evangelizar a estos pueblos, que aún eran partícipes de una guerra por la tierra y el agua, no solo empataban con el proyecto modernizador de las élites y los gobiernos sonorenses, sino que se ubicaba en un largo proceso que buscaba incorporar a los yaquis y mayos a un orden político, primero del imperio español, luego de la nación mexicana.

El sexto capítulo puede leerse como un breve prelude al enfrentamiento entre la iglesia y los gobiernos posrevolucionarios. Es por la centralidad de Sonora en la historiografía de la revolución mexicana, así como por el lugar común señalado al inicio, que me habría gustado que el texto llegara a abordar ese período, aunque cabe decir, esa problemática se encuentra presente en otros trabajos de la autora.¹ Aquí la investigación revisa los últimos años del gobierno episcopal de Ignacio Valdespino, los cuales coincidieron con el estallido de la revolución. La cercanía de obispo y de la jerarquía eclesial hacia el

¹ La autora (2007; 2012) ha demostrado cómo la tradición política de conciliación con la iglesia se sostuvo a nivel estatal incluso en los gobiernos de personajes como Calles y Obregón, durante los años previos a la toma del poder por los sonorenses a nivel nacional. Ninguno de ellos atacó a la iglesia en Sonora como lo hicieron desde la presidencia, ni se registraron episodios de violencia anticlerical. También que el conflicto entre la iglesia y el estado posrevolucionario siguió una temporalidad distinta a nivel regional, pues pese al aparente anticlericalismo de los sonorenses, pocos disturbios se registraron en esa entidad entre 1926 y 1929, siendo estos más bien resultado de las tensiones propias de la Segunda Crisiana y del clima de confrontación durante el Maximato, cuando Rodolfo Elías Calles, hijo del jefe máximo, ocupó la gubernatura de Sonora entre 1931 y 1934.

general José María Maytorena, quien no mostró una actitud anticlerical. Las cosas se complicaron durante la revuelta constitucionalista. Aunque no se registraron episodios iconoclastas como en otros lugares del país, la expulsión de sacerdotes, la confiscación de los bienes eclesiásticos y la sede vacante de la mitra entre 1913 y 1919 propiciaron el desmantelamiento de los avances logrados por la iglesia durante el Porfiriato. Una interpretación que podemos derivar es que el anticlericalismo que los sonorenses mostraron tras tomar el poder en los años 20, y que fue motivo de conflicto y discordia hasta la presidencia de Lázaro Cárdenas, obedeció más a la coyuntura política de la posrevolución que a una larga tradición arraigada en la cultura política sonorenses.

Sería redundante reiterar el valor de *Pocas Flores. Muchas Espinas*, no solo para la historiografía regional, sino para las discusiones sobre la historia política, social y cultural del catolicismo en México. Podríamos situarlo dentro de la historiografía post-revisionista que, en los últimos años, ha contribuido a matizar las tesis clásicas sobre el conflicto entre la iglesia y el estado y las relaciones entre el catolicismo y la sociedad mexicana, donde la dimensión regional ha sido decisiva.² Al mismo tiempo, es uno de los pocos trabajos que ha analizado con detenimiento el Porfiriato, junto con las investigaciones de Riccardo Cannelli (2012). Pienso pues, que se trata de una lectura recomendable para los interesados en el noroeste, y obligada para los estudiosos de la religión en los siglos XIX y XX. Se trata de una trama paradójica, en la que la religión católica y los procesos de modernización no fueron

² Pienso, por ejemplo, en las investigaciones de Matthew Butler sobre la guerra cristera en los municipios de Michoacán (2013); en las de Ben Fallaw sobre los años 30 en estados como Guanajuato, Campeche, Guerrero e Hidalgo (2013); en las del propio Jean Meyer sobre Oaxaca y Chihuahua, publicadas en años recientes (2005, 2013). Quizá las investigaciones más similares son las de Franco Savarino sobre el caso de Yucatán durante el Porfiriato (1997).

excluyentes ni antagónicos, como a menudo se ha supuesto. De ahí mi interés en reseñar un libro publicado hace ya seis años.

Bibliografía referida

- Aguilar Camín, Héctor (1977) *La frontera nómada. Sonora y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI.
- Bautista, Cecilia Adriana (2011) *Las disyuntivas del Estado y de la Iglesia en la consolidación del orden liberal*, México, Colmex – UMSNH – Fideicomiso Historia de las Américas.
- Butler, Matthew (2013) *Devoción y disidencia. Religión popular, identidad política y rebelión cristera en Michoacán, 1927-1929*, México, Colmich - Fideicomiso Felipe Teixidor y Montserrat Alfau de Teixidor.
- Cannelli, Riccardo (2012) *Nación católica y estado laico: el conflicto político-religioso en México desde la Independencia hasta la Revolución, 1821-1914*, México, INEHRM.
- Carr, Barry (1973) “Las peculiaridades del norte mexicano, 1880 – 1927: ensayo de interpretación”, *Historia mexicana*, Vol. 22, No. 3, pp. 320 – 346.
- Chowning, Margaret (2010) “La feminización de la piedad en México: género y piedad en las cofradías de españoles. Tendencias coloniales y poscoloniales en los arzobispados de Michoacán y Guadalajara”, en Connaughton, Brian (coord.) *Religión, política e identidad en la Independencia de México*, México, UAM – BUAP, pp. 475 – 515.
- Enríquez Licón, Dora Elvia (2007) “Entre sotanas y generales: el anticlericalismo en Sonora, 1913 – 1937”, Pacheco, María Martha (coord.), *Religión y sociedad en México durante el siglo XX*, México, INEHRM, pp. 209 – 240
- Enríquez Licón, Dora Elvia (2012) “Acción católica y radicalismo revolucionario en Sonora (1929 – 1939)”, Romero Gil, Juan Manuel (coord.), *La revolución en las regiones: una mirada caleidoscópica*, México, Unison, pp. 308 – 366.
- Fallow, Ben (2013) *Religion and state formation in postrevolutionary Mexico*, Durham and London, Duke University Press.
- García Ugarte, Marta Eugenia (2010) *Poder político y religioso. México siglo XIX. 2 tomos*, México, UNAM – Miguel Ángel Porrúa.
- Guerra, François-Xavier (1988), *México: del antiguo régimen a la Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Meyer, Jean (1974) *La Cristiada. Vol. II. El conflicto entre la iglesia y el estado*, México, Siglo XXI.

- Meyer, Jean (2005) *El conflicto religioso en Oaxaca, 1926 – 1929*, México, CIDE.
- Meyer, Jean (2013) “El conflicto religioso en Chihuahua, 1925 – 1929” en *De una revolución a otra*, México, Colmex, pp. 335 - 347
- Savarino, Franco (1997) “Religión y sociedad en Yucatán durante el Porfírito (1891 – 1911)” *Historia mexicana*, Vol. 46, No. 3, pp. 617 – 651.
- Voss, Stuart F. (1982) *On the periphery on Nineteenth Century Mexico, Sonora and Sinaloa*, Tucson, University of Arizona Press.